

BIROn - Birkbeck Institutional Research Online

Balibrea, Mari Paz (2012) La ciudad política y los límites de la cultura. In: Enguita, N. (ed.) *Prácticas espaciales: Investigaciones culturales sobre el territorio y el espacio social*. Valencia, Spain: Universidad Politécnica de Valencia, pp. 9-20. ISBN 9788483637678.

Downloaded from: <https://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/10159/>

Usage Guidelines:

Please refer to usage guidelines at <https://eprints.bbk.ac.uk/policies.html>
contact lib-eprints@bbk.ac.uk.

or alternatively

La ciudad política y los límites de la cultura: reflexiones sobre Barcelona

Mari Paz Balibrea

Trabajar para la producción de una crítica progresista y política del espacio urbano referida a las ciudades postindustriales más ricas de Europa, donde aún pervive una red de protección social proporcionada a lo que aún no se le ha arrebatado del estado de bienestar, requiere prestar una especial atención a lo discursivo, tanto a los mecanismos de la ideología dominante como a las condiciones de posibilidad de que se produzcan nuevas formas de hegemonía. En otras palabras, tanto a las formas en que el poder, el del estado, el del capital privado, trabaja para producir consensos, para mantener hegemonías que contribuyan a asegurar la docilidad, la colaboración y la aquiescencia de la sociedad, como a la generación y articulación discursiva de nuevas hegemonías, de formas de pensamiento político entre grupos sociales de contestación. La atención a la ideología nos permite el seguimiento de estos fenómenos desde el análisis de la producción de los discursos, en tanto que generadores de relaciones simbólicas de los individuos y colectivos con su realidad y su espacio. De ahí surge la importancia también del análisis cultural y la relevancia del trabajo que pueden aportar los estudios culturales al pensamiento progresista y político sobre los espacios urbanos. Otra cosa es que una reconozca que, dada la urgencia extrema (en otras palabras, la lucha por la supervivencia) que atenaza y define la situación de la mayoría de las grandes urbes del planeta, desde el estudio de éstas la contribución de los estudios culturales puede ser considerada, no sólo no prioritaria, sino casi una frivolidad.

Desde esta convicción de la importancia de la cultura para desentrañar lo político en contextos urbanos primermundistas, en lo que

sigue reflexiono sobre la naturaleza y el ámbito de las principales luchas en torno a la definición de la cultura en Barcelona. Propongo como tesis central que la cultura es la llave para explicar todas las transformaciones estructurales barcelonesas, incluyendo las económicas, las urbanísticas, las sociales, las culturales mismas, que la ciudad sufre desde el final de la dictadura en 1975 y, especialmente, que el estudio de los discursos y prácticas culturales en Barcelona es central para entender las transformaciones en la expresión política de la ciudad.

Uno de los mayores éxitos de los ayuntamientos democráticos de Barcelona, particularmente desde los Juegos Olímpicos de 1992, ha sido la reinención de la ciudad postindustrial como un centro cultural, tanto a nivel local y nacional como internacional, junto con, y esta unión es fundamental en mi argumento, su imagen como lugar tolerante y de progresía, donde ambas cosas están, se presentan, como completamente interrelacionadas. A estos efectos, es importante recordar que, al nivel político, la ciudad viene siendo gobernada por la social-democracia o una coalición de partidos de centro-izquierda e independentistas desde las primeras elecciones municipales de la democracia en 1979. Sus políticas, hasta cierto punto, y su discurso, siempre están en proceso de institucionalizar una retórica de progreso y corrección política. Al nivel económico, lo más evidente a todos es la ubicua culturización de la ciudad para su mercantilización, no sólo por las muchas manifestaciones de industrias culturales —del cine al arte, de la comida a la historia— que copan la oferta en el sector de servicios (volveré sobre esto), sino también porque la ciudad-marca se vende a sus posibles clientes como cultura a consumir, convirtiéndose así en un territorio cultural (Fessler Vaz y Berenstein Jacques, 75) que impone una forma de definir las condiciones dominantes de visibilidad y “espectacularización” en la ciudad. La ciudad hecha cultura se apropia de todo espacio con densidad simbólica para hacerlo parte del espectáculo. Y esto no afecta sólo a los espacios de poder y monumentalización, sino también a los que pertenecen a las clases populares: mercados municipales (Boquería, Santa Caterina), calles (Las Ramblas, el Raval), prácticas (manifestaciones contra la guerra), gentes que se convierten, lo quieran o no, en parte

integral de la experiencia y el espectáculo de Barcelona. En la medida en que contribuyen a la acumulación de capital simbólico en la ciudad (Torres Ribeiro, 47) son a su vez redefinidos como [parte de] un territorio cultural: un espacio complejo, dinámico donde tiene lugar la producción social de la ciudad para el intercambio capitalista global. Yo agruparía los marcadores indispensables de los territorios culturales de Barcelona en tres categorías:

1 Mediterraneidad (su epítome espacial es la Barceloneta), pero cuyo ámbito de significado incluye, por supuesto el buen tiempo, y un liberalismo tanto político como sexual y el saber disfrutar de la buena comida, bebida, del arte.

2 Riqueza de la vida en las calles, referida a la calidad del espacio público como de sociabilidad y calidad de vida, la percepción y sensación simultáneas de ocupar un espacio cargado de localidad (por ejemplo, el barrio de Gracia) y al tiempo cosmopolita (el Paseo de Gracia), la multitud de bares y restaurantes.

3 La integración con éxito de la mejor arquitectura postmoderna como regeneradora de un tejido social castigado (por ejemplo el Raval) con la celebración de un patrimonio arquitectónico (léase modernista) de la mejor calidad.

Un territorio cultural es, por tanto, una forma de ver e interpretar partes de la ciudad y a sus habitantes como imbuidos por una o más de esas características, siendo parte armónica de una visión total de Barcelona que celebra ser definida de esta manera.

Este que acabo de esbozar es seguramente el marco más reconocido de la conversión cultural de Barcelona, tanto para quienes son críticos de él como para quienes lo celebran. Pero hay otros aspectos de esa culturización que es imprescindible mencionar también y que implican centralmente la conexión política-cultural. Me refiero a cómo Barcelona se ha convertido en una “ciudad creativa”, donde artistas y productores culturales juegan un papel determinante en la generación de la riqueza y empleo para la ciudad. Hoy día, las políticas y directrices culturales diseñadas o aceptadas como tales por los gobiernos locales engloban, si no la totalidad, ciertamente sí la mayor parte del negocio viable y las industrias de la ciudad, y van desde lo que tradicionalmente consideramos las ar-

tes, a las industrias de producción de conocimiento (desde los juegos de video y los programas informáticos a las titulaciones universitarias) pasando por el turismo. Muchas de estas industrias dependen de la invención intelectual y afectiva, y de las destrezas creativas y críticas de sus trabajadores, en otras palabras, de lo que Negri y Hardt llaman trabajo inmaterial.¹ La progresiva implantación de estas economías creativas se puede seguir perfectamente en los sucesivos planes estratégicos del ayuntamiento de la ciudad, que las señalan como la opción más viable en el caso barcelonés, sobre todo en aquellas industrias conectables con el turismo. Estos análisis parten de la concepción de ciudad desarrollada por la disciplina de la economía cultural como territorio donde la gente se junta para consumir (Lasuén, 3). Según esta concepción, la cultura aparece asociada a la economía quinary (o sea, de quinto grado, desglosada de los servicios proporcionados por la economía terciaria y cuaternaria), y que incluye “actividades científicas y profesionales relacionadas con la información y comunicación, la educación, la higiene y la salud, las industrias creativas y las de entretenimiento”. Se trata de una economía basada en el conocimiento o creativa, según nos explica Lasuén “porque tienen más empleo especializado, con una educación más amplia y el objetivo de incrementar y mantener el capital humano y social pero sobretodo de crearlo”. Incrementar, mantener, crear capital humano y social. En otras palabras, se trata de proporcionar desde Barcelona la fuerza de trabajo capaz de generar lo humano en sí, una fuerza de trabajo cuya razón de ser es la biopolítica, es decir, la interpelación radical de todos los aspectos de la vida del individuo, hasta los más íntimos, que garantice su normal funcionamiento, pues a su vez son necesarios para que se desarrolle con éxito toda una red industrial capitalista. El crudo economismo de Lasuén es elevado a la categoría ideológica en el discurso de Ferrán Mascarell, sin duda uno de los artífices históricos de la colocación en Barcelona de la cultura en el lugar central que estoy argumentando. Mascarell, Regidor-President de la Comissió de Cultura, Educació i Benestar Social hasta 2008², dice explícitamente en 2006 que “a Barcelona hem entès la ciutat com una producció cultural”. Y también que:

En Barcelona las industrias creativas son una de las características fundamentales de la ciudad, con una larga historia de innovación y creatividad. Es seguro decir que hoy Barcelona es fuerte y densa culturalmente, gracias sobre todo al hecho de que ha puesto la cultura en el centro del desarrollo urbano, a través de políticas culturales comprometidas con valores, innovación, creatividad y coexistencia.

Para Mascarell la razón de que la especialización económica en las industrias creativas y quinarias definidas por Lasuén sea óptima para Barcelona radica en la sociabilidad de la ciudad que precede a esta especialización, y encuentra en ella su rentabilización perfecta, así como su salvación ética. En su discurso, conceptos de sociabilidad como “valores”, y “convivencia” [co-existence], se combinan sin esfuerzo, en una enumeración que los iguala y mide con el mismo rasero, con la “innovación” y la “creatividad” imprescindibles de todo proyecto de negocio que aspire al éxito. La implicación aquí es que el subsuelo que hace posible construir con éxito el edificio de la economía creativa, lo ha ido articulando todo un proceso, el que se ha ido desarrollando a lo largo de los años de la postindustrialización de Barcelona, el de la implantación de unos valores de progresía en la ciudad. En otras palabras, la tesis de Mascarell es que las industrias creativas florecen en las ciudades progresistas. La simbiosis de economía cultural y política progresista es perfecta en la construcción ideológica de Mascarell:

Una política creativa es aquella que fomenta un contexto de libertad (que genera oportunidad), que genera densidad (incrementar la densidad del capital cultural, es la mejor manera de garantizar el éxito de políticas públicas, cuyo objeto básico es ofrecer más oportunidades a cada uno), y que desarrolla sentido (valores), en otras palabras la habilidad de la cultura es fomentar el desarrollo comunitario y la cohesión social: diversidad cultural, participación y construcción de identidad.

Su retórica asocia directamente conceptos relacionables al lenguaje de los negocios: “oportunidad”, “densidad”, “desarrollo”, con

aquellos referidos a la afectividad, los derechos ciudadanos, la diversidad, de forma que parece natural, imprescindible, implantar una economía quinaria que permita brillar con todo su esplendor el trabajo de democratización realizado en la ciudad.

Al nivel simbólico, la hábil combinación de discursos sobre la mediterraneidad, la excelencia arquitectónica, los excitantes espacios sociales y una población culta y tolerante, resultantes de la hábil canalización e interpretación de esa capacidad creativa humana como generadora de lo social, que hemos visto ejemplificada en las citas de Mascarell, han contribuido a proyectar un imaginario urbano internacional de la ciudad que es tan popular entre los turistas de fin de semana como entre los jóvenes activistas de la anti-globalización capitalista. La cultura se torna entonces central para la producción, tanto simbólica como económica, tanto hegemónica como resistente, de la Barcelona postindustrial, es un gozne, un elemento clave de articulación en la producción de ciudad, tanto de sus condiciones dominantes como de sus condiciones de resistencia. Como tal, es un mediador crucial para cualquier discusión sobre la formación de conciencia política. De forma que incluso si alguien (un politólogo, por ejemplo), yendo en busca de lo político, quisiera evitar las trampas de lo simbólico en favor de otras evidencias empíricas de alianzas de política oposicional, le sería muy difícil encontrar ejemplos de política no infiltrada por economías de cultura. Por supuesto, siempre se puede decir que la cultura media en la producción de conciencia o identidad política, o de cualquier otro tipo. Tampoco sería exacto decir que haya nada extraordinario en esta ubicuidad de lo cultural, o en la centralidad de la cultura política para producir la imagen de la ciudad. De hecho, se ha dicho mucho sobre la centralidad de la cultura en el contexto global actual, y su imbricación inextricable en circuitos económicos e instituciones políticas, tal vez el libro ya clásico de George Yúdice *The Expedience of Culture. Uses of Culture in the Global Era* (2003) sea el que más se acerca a dibujar el marco de los acercamientos que yo estoy dibujando aquí. En el ámbito de la sociología, el urbanismo y la historia y crítica de la arquitectura, hay un área importante dedicada al estudio del impacto de los grandes eventos culturales, incluyendo la construcción de edificios icónicos,

como catalizadores (o no) de regeneración urbana y, a nivel discursivo, como materia prima para la articulación de la ideología de la regeneración.³ Por otra parte, tampoco es nueva esta cuestión de la colonización de lo político por lo cultural. De hecho, podríamos decir que ha sido un mecanismo muy importante de gestión ideológica de las sociedades democráticas del Primer Mundo desde después de la II Guerra Mundial. E incluso puede aplicarse a la crítica a esta colonización, en la medida en que, al centrarse en la cultura, se aleja de las prácticas no textuales donde podría ubicarse la radicalidad y posibilidad de transformación.

En definitiva, Barcelona no es más que un buen ejemplo de las transformaciones que muchas ciudades postindustriales han sufrido en los últimos 30 años, no mucho más, ni menos, que un modelo admirado y prestigioso, que muchas otras ciudades han intentado imitar. Sin embargo, una vez reconocido el marco global que condiciona el caso barcelonés y nos impide hablar de excepcionalidad para definirlo, es también importante considerar sus especificidades, y una de sus más características, creo yo, deriva de cómo se han producido en la ciudad dos convergencias muy significativas y que resultan en la fusión de lo cultural con lo político.

La primera de las convergencias se da entre economía y cultura en las políticas locales, generando las apropiaciones dominantes que resultan en la instrumentalización evidente de la cultura que hemos visto explicada por Lasuén. Pero hay también otra convergencia, de dirección opuesta, aunque no desconectada de la anterior, entre política y cultura de resistencia, con una consistente asociación de agentes y medios culturales, con agentes y causas políticas de contestación sobre la ciudad. Esto último, en el contexto de una ciudad que incluye la tolerancia y la progresía como parte de su marca comercial, que entiende la generación de sociabilidad y creatividad como parte fundamental de la economía quinaria, está siempre en peligro de ser asimilado a la lógica de la convergencia primera de la que he hablado. Porque es en este contexto que las culturas políticas, quiero decir, aquellas prácticas y objetos culturales producidos con intención política y social explícita, creadas frecuentemente para contrarrestar o protestar contra políticas dominantes en la ciudad, junto con aquellos

que valoran su importancia, son frecuentemente bien recibidos, o por lo menos tolerados cínicamente como objetos de consumo por las instituciones culturales, incluso por aquellos que no comulgan con sus principios críticos, en la medida en que estas culturas políticas pueden canalizarse como corroborando lo que es distintivo de la ciudad. Esto, además de que se ofrecen puestos culturales decisorios a individuos genuinamente interesados en el arte como forma crítica. Esta apropiación de la crítica como parte del poder es fácil de descalificar y denunciar en operaciones cultural-urbanísticas del tipo Fórum de las Culturas de 2004 como una farsa, por su explotación burda y banal de una mística del progresismo al servicio del desarrollo capitalista de la ciudad. Pero no es tan fácil hacer lo mismo, pongo por ejemplo, con la coherencia crítica de comisariados de larga duración como la que produce MACBA bajo la dirección de Manuel Borja-Villel o la Fundación Tàpies bajo la de Nuria Enguita, todas ellas instituciones financiadas en gran medida por el erario público.

En el particular contexto barcelonés la cultura es un horizonte que hace posible, pero al tiempo enmarca y limita, lo político. Me refiero a lo político en su versión hegemónica, por supuesto, pero particularmente también a las políticas de crítica y resistencia, que encuentran un vehículo de visibilización, pero también un límite a su radicalidad, al ser interpelados institucionalmente. La transversalidad de la cultura en Barcelona se combina con la asunción de políticas progresistas al nivel institucional, y es esta combinación la que es peculiar al caso barcelonés y digna de estudio, en la medida en que convierte a las culturas políticas de la ciudad en lugares estratégicos en los que buscar la extensión y los límites de lo político, en tanto el arte político y la posibilidad de la crítica se convierten en objetos buscados y por ello incorporados en las instituciones. El resultado es que la cultura se convierte en mediadora excepcional de lo político, en productora de lo político, y al tiempo en neutralizadora y anuladora de la política como oposición. La cuestión aquí es, en este contexto de hipertrofia de lo cultural, ¿puede ser realmente la cultura un factor de radicalidad?

Creo que esa complejidad de lo cultural hay que estudiarla desglosando los dos polos que la tensionan y he intentado definir, el del

lenguaje cultural de las políticas hegemónicas, y el del lenguaje político militante y resistente de la cultura, y viendo en el desarrollo en el tiempo de las prácticas cómo los radios de influencia de cada uno de estos dos polos se mantienen completamente separados o se acercan hasta generar espacios y prácticas equidistantes de ambos e influidos por ambos, o incapaces de ser atraídos definitivamente por uno de los dos polos. En el primer polo habría que estudiar las agendas económicas y políticas institucionales que alimentan a las agendas de negocios privados, y cómo se proyectan sobre la cultura y la desarrollan en unas determinadas direcciones: macro-eventos culturales, territorios culturales e imaginarios urbanos hegemónicos relacionados con la mediterraneidad, la progresía, una determinada modernidad asociada a una determinada memoria.⁴ En el segundo polo el énfasis estaría en las formas políticas de la cultura, cuando los propios agentes culturales buscan una expresión o una asociación política explícita con movimientos políticos en la ciudad, indagando en los enlaces entre los movimientos artísticos y los sociales de respuesta a las instituciones (asociaciones vecinales, movimientos okupa o de antiglobalización)⁵.

Para terminar, quisiera aquí establecer una diferenciación con otras formas de concebir el papel de la cultura en una ciudad postindustrial del primer mundo como Barcelona. Para el caso barcelonés, tal vez la voz que mejor sintetiza la visión más crítica de este rol sea la de Manuel Delgado, quien afirma que:

El “factor cultural” actúa así en dos sentidos —uno material; el otro intangible— que son en realidad complementarios, indispensables el uno para el otro: contribuye a “limpiar” el territorio, a clarificarlo, tanto en el plano de las prácticas sociales consideradas inconvenientes para los proyectos de desconflictivización urbana, pero hace lo propio con las representaciones imaginarias que habían contribuido a estigmatizar un determinado sector. La Cultura funciona así al mismo tiempo como negocio y como exorcismo y expiación, puesto que sólo puede convertirse en dinero una ciudad que haya sido previamente liberada de las potencias malignas que la poseían —las nuevas y viejas formas de miseria, la tendencia

a la ingobernabilidad, las grandes y pequeñas luchas— y que todavía son reconocidas como al acecho.

Estoy totalmente de acuerdo con Delgado en su descripción del papel de la Cultura con mayúscula al servicio del capitalismo financiero dispuesto a generar y reproducir desigualdades e injusticias sociales en la persecución de sus propios fines de lucro. Es decir, estoy de acuerdo con su visión de una cultura instrumentalizada por el capital. Aun así, me parece que ésta es una visión parcial del lugar de la cultura que ignora su papel y el del arte como resistencia y como crítica, y cómo esta resistencia y crítica se articulan, porque no son independientes de ella, con la cultura como motor económico e ideología hegemónica del capitalismo tardío. Ignorarlo, además, hace invisible la propia posición del crítico, Delgado o cualquier otro, que no es exterior a la cultura que critica. Por eso pienso que hacer un análisis de la cultura en espacios urbanos como el de Barcelona, requiere reconocer su continuado papel como horizonte crítico de posibilidad de lo distinto, y de qué forma este rol en sus formas límite de crítica radical, desgasta y es desgastado por, desenmascara y es neutralizado por, los mecanismos que garantizan el funcionamiento de la Cultura en el sentido en que la define Delgado. En último término, mi entendimiento persigue un objetivo afín al que Marina Garcés da a la posibilidad de una nueva política cultural, el de “poner en cuestión la idea misma de cultura, tal como la ponemos en práctica, la reproducimos y la legitimamos en nuestras sociedades actuales”. Esto debe ser paso previo al de conceptualizar y realizar otra forma de cultura, “como dimensión de la expresividad social, viva y conflictiva”. Ella entiende esta otra forma de cultura como separada de la otra cultura instrumentalizada. Yo no estoy tan segura de que puedan separarse, de que sea posible escapar completamente a la interpelación de la Cultura. De lo que sí estoy segura es de que debe buscarse activamente encarnar esta otra cultura de la expresividad social y conflictiva. En cualquier caso, el ejemplo barcelonés demuestra la existencia de una tensión entre entendimientos de la cultura, que desde luego no debe glorificarse, pero tampoco negarse.

NOTAS

- 1 Como dice Lasuén "culture is productive. In fact, it is the most productive activity, since its basic function is creative; it consists of constantly generating new and better knowledge about nature and society in order to use it to produce and consume more quantity and more variety and thereby to survive better. And within cultural activities, the creative industries, scientific and artistic, are naturally the most creative."
- 2 Y hoy por hoy, en 2011, Conseller de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- 3 En el caso particular de la Barcelona postindustrial, hay investigaciones en el campo de las humanidades y las ciencias sociales, proveniente de los campos de la arquitectura (Josep Maria Montaner, Eduard Bru, Zaida Muxí), el diseño (Viviana Narotzski), el urbanismo (Jordi Borja, Tim Marshall), la geografía social y humana (Donald McNeill), la sociología (Monica Degen, Marisol García), los estudios culturales (Joan Ramon Resina, Mari Paz Balibrea, Antonio Sánchez), la filosofía (Xavier Antich), la historia (Joan Roca), la antropología (Manuel Delgado, Jeffrey Juris) y los estudios museísticos.
- 4 Cabría aquí estudiar por ejemplo la empresa Barcelona Plató Film Production, que gestiona mundialmente la explotación de la imagen y el imaginario dominantes sobre la ciudad en diferentes plataformas visuales: cine, TV, publicidad y juegos de video. O también las políticas museísticas que repercuten directamente en el desarrollo de una economía de servicios que necesita producir una oferta diferenciada y de calidad para la industria del turismo, el sector de la economía terciaria más desarrollado y de más éxito en Barcelona.
- 5 Y aquí sería interesante estudiar la trayectoria de instituciones museísticas como MACBA o Fundació Tàpies, y proyectos asociativos críticos como madeinbarcelona, Espai en Blanc, y movimientos concretos de reivindicación de espacios en la ciudad como el del Teatre Arnau, Can Ricart.

BIBLIOGRAFÍA

- Delgado, Manuel. "La artistización de las políticas urbanas. El lugar de la cultura en las dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XII, núm. 270 (69), 1 de agosto de 2008. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-69.htm>. Último acceso 10 Marzo, 2011.
- Fessler Vaz, Lilian y Paola Berenstein Jacques. "Territórios culturais do Rio" en Henri Pierre Jeudy y Paola Berenstein Jacques (eds). *Corpos e cenários urbanos*. Bahia, Editora da Universidade Federal da Bahia, 2006: pp. 75-92.
- Garcés, Marina. "Abrir los posibles. Los desafíos de una política cultural hoy" En La Porta (coords) *Menoslobos.org* (videoblog) (2009). Disponible en: <http://www.menoslobos.org/wp-content/uploads/2009/09/abrir-los-posibles-marina-garces-cast.pdf>. Último acceso 14 Marzo, 2011.
- Lasuén, José Ramón. "Creative industries and economic competitiveness". Disponible en http://www.pemb.cat/Usuarios/43B94/archivos/EVE/2._J.R.LASUEN_CREATIVE_IND._ECONOMIC_.pdf. Último acceso 11 Marzo, 2011.
- Mascarell, Ferran. "Polítiques creatives a Barcelona". Disponible en <http://www.kulturmanagement.net/downloads/barcelona-mascarell.pdf>. Último acceso 11 Marzo, 2011.
- Torres Ribeiro, Ana Clara. "A acumulação primitiva do capital simbólico" en Henri Pierre Jeudy y Paola Berenstein Jacques (eds). *Corpos e cenários urbanos*. Bahia, Editora da Universidade Federal da Bahia, 2006: pp. 39-50.
- Yúdice, George. *The Expedience of Culture. Uses of Culture in the Global Era*. Durham: Duke University Press, 2003.